

El tiempo está nublado. Expira del aire cargado de monóxido una extraña brisa que hace más soportable el tráfico infernal de la mañana. Son las ocho y parecen las cinco por esa capa de humo espeso que las "chimeneas" ambulantes nos descargan a pesar de pomposos anuncios de Ministros de Ambientes que siguen prometiendo descontaminaciones de ríos y montañas y playas y ciudades. Villa Zola - o lo que queda de la otrora bella mansión de un dictador de principios de siglo - apenas se vislumbra entre los árboles de copetes caídos y los galpones destartados - ahora en reconstrucción - que sirvieron de oficinas cuando la Policía de Tránsito tenía allí su sede principal. Al frente la Cárcel. Entre las pistas atestadas de carros una lengua de tierra en cuyas entrañas están clavadas las raíces de soberbios jabillos - ahora enfermos - que fueron orgullo de aquel El Paraíso hermoso que tuve la dicha de conocer en los años mozos. Parados en la isla, entre la maleza y las latas vacías que lanzan choferes irresponsables, están un niño y la madre. La mirada de ella está fija en la hilera de ladrillos de hueco que separan el pasillo de los calabozos. La del niño, en cambio, contempla una ch-

OPINION

EL NIÑO Y EL PRESO

por Michele Castelli

peta que sólo de vez en cuando se lleva a los labios, por miedo que rápido se acabe. De repente dos brazos, al igual que dos ramas de un árbol sin hojas mecido por un huracán inclemente, se agitan en señal de saludo, y una voz que sale de una boca invisible llama a Juancito.

- Mira, Juancito. Es tu papá. Te llama....

- ¿Dónde está?

- Allí, detrás de los ladrillos. Mira sus manos como te saludan.

- ¿Y que hace allí?

La madre bloqueó el entusiasmo. Ya no sabía qué responder a esa pregunta ingenua del niño que tal vez ni recordaba el rostro de aquellos brazos que seguían agitando en señal de saludo. Se quedó

muda. No encontró palabras para salirse de la tremenda turbación que luego se convirtió en singultos cuando el nudo de la garganta ya no pudo contener la presión de las lágrimas. El preso, desde los ladrillos de hueco, tuvo que darse cuenta de la situación, porque empezó a gritar agarrándose con fuerza de unos hierros que sirven de tendedores.

- ¡Perdóname Carmencita! ¡Yo no quería hacerlo! ¡Ellos me obligaron! ¡Yo no quería hacerlo!

Fue un segundo. De repente desaparecieron los brazos clavados en los huecos de los ladrillos, y sólo alcanzamos a ver dos gorros de vigilantes que lo retiraban del pasillo. Al mismo tiempo, el niño y la mujer cruzaron la calle y se montaron en el autobús que hacía cola con nosotros.

Quienes presenciáramos la escena nos miramos la cara en silencio. En señal de respeto. Un pensamiento común pasó por la mente de todos. Si en ese momento se nos pide la sentencia popular, estoy seguro que aun sin saber los motivos que lo llevaron a la cárcel, todos hubiésemos dicho en coro: "un hombre que se arrepiente delante del sagrado candor de un niño, se merece una segunda oportunidad. Votamos por su libertad".